

En este sentido hay un estimable contenido histórico enmarcado entre la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX, aunque de forma incidental puedan aparecer apuntes fuera de este intervalo. Si, por otra parte, tenemos en cuenta que el pueblo español es muy dado a contar las cosas echándole demasiada levadura y a mezclar el acontecimiento con la tendencia al protagonismo del relator, aún estimaremos más el valor documental y gráfico de los fascículos, donde los relatos de muchos han sido pasados por el tamiz de quien anduvo próximo y todavía le suenan los oídos. Lo de gráfico queda dicho como de pasada, pero a nadie se le escapa que las fotografías recogidas son, además de un alarde de perseverancia, algunas encontradas en condiciones inverosímiles, testimonios precisos de cómo fueron el pueblo y los paisanos.

La traída de las aguas, la acometida del alcantarillado, el sorteo de los quintos, la Plaza y sus gentes, los precios y la mercadería, la dote de una novia, las procesiones y otras celebraciones, los carnavales, esa cosa que emparenta al pueblo con los aldeaños de la estación de Atocha, el gozoso afincamiento de los forasteros, la vida y maneras de industriales, maestros, curas, labradores, médicos, pastores, muleteros, retratistas, boteros, molineros, boticarios, arrieros, los del Ayuntamiento... y las gentes del TREN, que no me resisto a escribirlo en mayúsculas porque sólo nombrarlo me asombra y remueve las distancias, esto y todo lo demás es la vida anónima de quienes hacen patria y, por tanto, historia, esto es lo que habremos de ir conociendo si es que aspiramos a reconocer nuestra fisonomía.

VALOR TOPONIMICO

La toponimia está muy enlazada con la historia. Descubrir el por qué de los nombres de caminos, huertas, viñas, sembrados, quinterías, es una tarea tan inquietante como imposible en la mayoría de los casos. Pero conocer esos nombres ayuda, ante todo, a recorrer el campo con más familiaridad y, en ocasiones, podrán relacionarse con asuntos que se estén investigando.

Dentro de lo toponímico sobresale, por su insistencia desde los comienzos, la preocupación sobre el callejero alcazareño. Nadie en Alcázar ha justificado como D. Rafael, la conveniencia de no tocar los nombres de las calles. En mi opinión, esta tendencia tan frecuentada por los gobernantes, es una ligereza y un apropiamiento de algo que no es patrimonio exclusivo del Ayuntamiento; habría de contarse con el vecindario que, en mucho o poco, más significativamente, contribuye al mantenimiento de "su calle" y sufraga los arbitrios municipales. Quien es capaz de clasificar las calles en bien timbradas, olvidadas, secundarias, indeterminadas, de enlace, y hacer un comentario sobre muchas de ellas, cuando insiste en que el nombre se mantenga o, en algunos casos, se les devuelva el que primitivamente tuvieron, no lo hace por una ventolera pasajera, ni porque no reconozca los méritos de quienes ya los tienen sin necesidad de encabezar los callejeros, lo que pretende es mantener el gesto del tiempo también en las esquinas, pues muchos de esos nombres preteridos son definiciones de nuestra geografía local.

VALOR LINGÜÍSTICO-LITERARIO

El idioma lo va forjando el pueblo, en él queda impresa la evolución de las formas de vivir en comunidad, y de sentir. Así nos explicamos la obstinada reafirmación de lenguas vernáculas en esta "hora de España": la lengua es el distintivo más inmediato entre